



A las doce salieron noventa hombres de la Guardia municipal de México, bajo las órdenes de Iniestra, á situarse en la garita de Mexicaltzingo; á la una y media en punto bajó el señor

Juárez de sus habitaciones. Vestía chaqueta y pantalón blancos, bufanda de estambre, y en la cabeza llevaba sombrero tendido poblano. Junto á él venían don Melchor Ocampo, don

Manuel Ruiz, Prieto y Guzmán. Detrás, muchos oficiales, políticos y gente de pluma.

El Presidente subió á un coche acompañado nada más que de Ocampo y Cendejas; en otros se fueron acomodando los ministros y oficiales mayores; los acompañantes montábamos á caballo.

Los coches marcharon casi á la sordina por las calles de la ciudad; al llegar á la garita, hubo que detenerse largo rato para esperar á una mula que se había extraviado y para dar algunas disposiciones.

Eran las tres cuando se emprendió la marcha definitiva, á la luz de la luna, que empezaba á salir. El camino estaba lleno de baches y estorbos, que se miraban crecidos á la luz aquella tan difusa. Los coches caminaban pausadamente, con sus cortinas de lona corridas, con sus mulas negras sin cascabeles ni atavíos.

Yo iba cerca de tres oficiales que hablaban en voz baja.

— Sí, esperar; otra cosa no convenía.

— ¿Y sabes tú qué fuerzas trae Parrodi, si le han dado alcance en el camino, y si convenía trabar batalla ó sujetar á Guadalajara á las consecuencias de un sitio?

— Parrodi, por lo menos sacó dos mil hombres ilesos de la batalla de Salamanca; pues dos mil hombres, unidos á los que pudiéramos levantar en Guadalajara, servirían para sostener un sitio regular, mientras se recibían refuerzos.

— ¿Y si Parrodi y sus tropas vienen acobardados?

— Por lo menos, no corríamos riesgo de que Landa nos cogiera nuevamente.

— ¡Qué miedo le tienes á Landa!

— Bien sabes que no es por mí.

— No, es por tu pellejo.

— No, es por las vidas de todos los grandes, que me son mucho más caras que la mía.

— ¡Adiós, filántropo!

— No, filántropo, pero sí patriota.

— ¿Desde cuándo acá?

— Desde poco antes que tú, que nunca lo has sido.

Para atajar la disputa, me metí en la conversación.

— ¿Y por qué puede atacarnos Landa?

— Casi nada, porque lleva nuestro mismo camino; él salió para Cocula y nosotros para Zapotlán; nada difícil será, pues, que nos encontremos en el camino.

— ¿Y vamos á resistir, los cien que vamos aquí, á los quinientos ó más que sacó Landa?

— ¡Ayúdeme á sentir!

— ¿Y Juárez no lo sabe?

— Sí, lo sabe; pero tiene una especie de valor extraordinario, que confina con el fatalismo y la ceguedad. ¡Con decirle que el día doce, víspera del pronunciamiento, se fué á bañar con todos sus ministros á los baños de los Colomos!

— Arriba está quien reparte.

— Pero él no debiera tener esa ciega confianza, porque nada menos simboliza una causa.

El sol había aparecido ya enorme y fulgurante, poniendo á la vista los singulares atavíos de la pobre

familia enferma. Había muchas blusas, muchas chaquetas, muchas sillas vaqueras, muchas bufandas, muchos sombreros anchos y muchas toquillas; pero las blusas eran viejas, desgarradas y llenas de polvo; las chaquetas carecían de alamares, de botones ó de cintas; las sillas tenían destrozado el pergamino y calvo en parte el pelo de los vaquerillos, cantinas, tapaderas y chivarras; las bufandas tenían más puntos que las medias de Don Quijote y los sombreros estaban picados de *broca*, llenos de sudor y de lacras.

Pero (y este argumento se lo regalo á un moralista para que escriba una elocuente tirada, poniendo en parangón el espíritu y la materia) los espíritus no estaban lacios, ni aplanados, ni rendidos; las voluntades estaban enhiestas y el entusiasmo era más grande que si hubiéramos marchado en una gran parada, lleno el pecho de cordones de oro, los hombros de espiguillas, los quepis de bordados y al compás de una música marcial que tocara un paso doble de autor alemán acreditado.

Todos nos lanzábamos epigramas, nos decíamos chanzonetas y nos reíamos con risa de colegiales que han obtenido una suelta de las aulas. ¡Cuántos generales de división, que ahora se inclinan bajo el peso de las medallas, de los laureles, de los diplomas, de los honores... y de los años, envidiarán al subtenientillo que se quitaba los calzones para lavarlos, que se cosía los pantalones con pita

floja, que no tenía nunca un real para puros y que vivía siempre entrampado con las patronas y las fonderas! ¡Bendita sea la juventud, y más bendita la juventud que tiene ideales luminosos y grandes!

A las once empezó á apretar el sol; los carruajes tomaron el trote largo, y á eso de las doce divisamos el campanario de Santa Ana. Poco después, entre nubes de polvo y vecinos de caras torvas, entramos á la población.

A mí, en unión de otros dos oficiales; me destinaron á la casa de los señores Portillos, inmediata al mesón del pueblo. Mis amigos, que no sabían abusar de las situaciones, salieron en mi compañía á recorrer las fondas para buscar que comer.

Así llegamos á un jacalillo lleno de humo, desde el fogón hasta la viga madre.

— ¡Eh, viejas! dijo uno de aquellos muchachos, que era rancho de antigua cepa, ¿qué les dan á tres hambreados que se presentan aquí?

— Pase el *señor tiniente*; siéntese, que allí están unos banquitos *pa* que sus buenas personas aguarden.

— ¿Y qué tenemos?

— *Señor*, hay unos *blanquillos* estrellados, unos *chilaquilitos*, unos frijolitos refritos con su chilito bravo...

— ¡De los cielos! gritó el rancho.

— ¿Y no habría, aventuró tímidamente el otro oficial,

que era cortesano y mirado como un polco, un trozo de carne?

— Y un poquito de *foie-gras* ó de fricassé fricandó á la Chato Adrián, ¿no tendría la madama? preguntó el rasgadote riendo á carcajadas.

— Es que no puedo tolerar los huevos fritos.

— Pues, amigo, se va á morir de hambre; aquí no espere encontrarse gallipavos como en su casa de México. Si no se decide por los *parraleños*, la cecina asada, los huevos y las tortillitas del comal, se queda con la lengua pegada á la *pader*. Aprenda á mi capitán La Llana; ése se aviene á todo: en la mesa de Comonfort se hartaba de primores de cocina; aquí, mírelo con su *tecomate* entre las piernas, entrándole á las *nejas* como cualquier *jijo* e su madre. Y dígame, *güera*, ¿no tendría entre sus curiosidades tantita sal de la de Colima? Dispensándome las molestias... Eso es, ni Zuloaga almuerza *ahorita* como nosotros.

Nos retiramos, después de pagar, á nuestro alojamiento, y nos quedamos maravillados de la cantidad de trabajo que se había gastado en aquella estancia.

Sobrecamas, visillos, cojines, cortinas de las puertas, cubiertas de los muebles, adornos de las paredes, todo lo que estaba á la vista era de tejido de malla en alguna de sus múltiples y variadas formas. Había rosas, estrellas, puntas, ondas, discos, espirales, círculos y cuadriláteros.

El tejido romboidal, circular, exagonal, con hilitos en el centro, á los lados ó en la punta, reinaba como soberano indisputable.

Sólo se distinguían de aquella uniformidad el retrato de un militar, hecho con tejido de pelo y con boca, narices y ojos que ponían espanto; un gato, perro ó león (que en esto no andan muy conformes los autores) fabricado con seda de color y reposando, lustros hacía, sobre un libro que llevaba en el lomo la letra: *A mi querido papá*, y un manajo de flores que parecían tronchos de rábanos, dentro de un vidrio que las moscas habían ennegrecido más de la cuenta.

Dormimos un buen rato, y á eso de las cuatro despertamos asustados, oyendo un estruendo que parecía de fusilería.

— Es el retrato que disputa con el animalito de lanas y le lanza pedacitos de vidrio sobre el de su cuadro.

— Es que llueve sobre la ventana.

— Son purísimos plomazos, muchachos, gritó el ranchero levantándose. ¡A la resta, caballo ligero!

En efecto, en la altura de la finca se oían gritos de gentes que retaban á otras que al parecer estaban distantes.

— ¡Éntrenle, mochos; éntrenle al *rejuego*, sacristanes!

— ¡Ay, poder de Dios!

— ¡Mueran los de sotana!

— ¡Abajo los curas!

Más que de prisa subimos á la azotea, y ya vimos en



las lomas cercanas á las tropas conservadoras atacándonos con saña.

Cogí mi carabina y empecé á disparar con tino.

— ¡Ahora, á ese del caballo melado!

— ¡Pégale á dar!

— ¡Muera la *mochitanga*!

Y caían, caían enemigos, que eran substituídos por otros, como si los brotara la tierra. De los nuestros morían pocos; pero á la hora de obscurecer, ya eran como veinte ó treinta los que estaban muertos ó heridos.

— ¿Y don Benito?

— Se pasea en la sala del mesón, con las manos á la espalda, decía uno.

— ¿Y qué hace?

— Dicta una carta á uno que escribe.

— ¡Ah qué hombre tan de ley! ¡Ese no se da ni muerto!

Y seguían los disparos, más repetidos á medida que la luz se ocultaba.

A las oraciones de la noche, que sonaron más lúgubres que nunca en el campanario de la iglesita, los fuegos se suspendieron totalmente.

— Hay un armisticio, dijo uno que se las echaba de bien informado.

— No es armisticio; es que el enemigo ha mandado un parlamentario.

— Pues á buen seguro que don Benito pide paz; acabo de saber, repuso un oficial que bajaba de la azotea, que Juárez ha dicho á los ministros que escapen yéndose al campo ú ocultándose en las casas del pueblo; que en cambio él se queda con nosotros.

— ¿Y qué dijeron los señores?

— Que corrían la suerte del jefe.

— ¡Esos son tamaños; bien hayan los hombres!

Oímos en el campo contrario el toque de llamada de tropa, y á poco siguió el tiroteo.

Cargaba mi carabina, cuando sentí que me partían la piel de la cabeza, arrojé el arma, cerré los ojos y caí al suelo. Apenas escuché, entre un tremendo zumbido de

oídos que se prolongó hasta que perdí la conciencia de mi persona, una voz que dijo:

— Lo que es éste se fué á *frir jongos*.

Luego vinieron muchos pasos, y sentí que me alzaban en peso. Después, nada...

